

RECUERDOS CON HISTORIA, 127

BOTONADURA MILITAR

Refieren los más apasionados “coleccionistas de cosas antañonas” que, gracias al tema de su preferencia, se puede hacer un seguimiento de las circunstancias históricas que rodearon a sus estimados objetos a lo largo de los lustros, de las décadas e, incluso, de los siglos.

Ciertamente, los objetos antiguos vivieron su época a fondo y fueron testigos directos de los cambios técnicos y sociales que se produjeron durante su vida activa. También de las controversias políticas. Todos esos acontecimientos “marcaron” las piezas, de la colección que fuere, dándoles carácter y personalidad propios.

Las imborrables huellas del devenir histórico están ahí, para quien los quiera ver, ya se trate de colecciones de monedas, de cerámica popular, postales, emblemas, pintura, bronces, navajas, juguetes, relojes y un millón más que pueden hacer la lista interminable.

Hoy trataremos, como algunas otras veces, de muy humildes elementos coleccionables que, tal vez, sin haber alcanzado el estatus de *plenitud coleccionista cum laude*, sí nos presentan, en su increíble variedad y funcionalidad, un verdadero muestrario de hechos históricos cronológicamente presentados. Me refiero a los botones militares metálicos.

Es una verdad tan gruesa como un pino carrasco que con un botón de la guerrera mal abrochado o sucio, podía caerle al descuidado portador un arresto-bronca de concurso y un fin de semana en la “preve”.

Mal asunto ese de la botonadura poco cuidada. En el patio de armas de un cuartel donde la tropa se preparaba, al caer la tarde, para salida de paseo, los botones predisponían al sargento de semana a una cuidadosa inspección y aún más imperiosa exigencia. ¿Quiere salir el mozo a pasear con una chacha, con cofia fina, cochecito y niño? ¿Y nada menos que por la elegante avenida arbolada que hay junto a un elevado templete donde unos músicos se preparan para ofrecer un intermedio de la airosa zarzuela *La alegría del Batallón*?

Pues visto esto, es que estamos, por lo menos, en 1915, con la Reina Madre M^a Cristina vigilando atenta a su hijo Alfonso, rey desde 1902. Es decir, que corre el citado año de 1915 y en el patio de un cuartel cualquiera hay una perfecta formación de tropa, *en fila de a cuatro*, dispuesta a salir del recinto militar para esparcimiento y paseo. Botas relucientes, gorro cepillado, hebilla brillante, bayoneta sin óxido a la vista (en tiempos de Alfonso XIII y 2^a República era preceptivo su porte en uniforme de paseo), el pelo a tijeretazos del nº dos y los “plátanos” de las hombreras pedidas

prestadas a un compinche (que no puede salir porque hoy le han *agraciado* con *Servicio de Policía*, o sea, repintado de los 400 metros cuadrados de las paredes del almacén y zona del comedor) pues los plátanos rojos de nuestro soldadito estaban algo descosidos... Total, un figurín de campeonato.

Pero, lo que son las cosas, y los reglamentos, al capote del infante le bailaban, sin haberse dado cuenta, dos botones rematadamente mal cosidos. Vamos, que le colgaban como uvas pasas. Y eso, en 1915, en un afamado y fogueado Regimiento de Infantería de Línea era un pecado mortal de necesidad.

Ni paseo ni leches. Aquí, en el Regimiento, dos botones colgadizos son más importantes que toda la Batería de Artillería Pesada del cuartel de enfrente. Así que, chico, olvídate de la chacha con cochecito que ya se encargará de ella el cabo 2º Gutiérrez, que para eso se da mucha maña.

Y no digamos si a un pobre recluta le había “desaparecido” un botón. ¡Desventura e infortunio! ¡Se aventura cataclismo! Para un recluta era más importante un botón que una esmeralda de 900 quilates.

Pues ahí queríamos llegar. Al botón militar. Ese que, en tiempos pasados, la tropa se cosía, si podía, con un tieso alambre precisamente para evitar pérdidas y disgustos. Cualquiera de nuestra generación, o anterior, que haya hecho el servicio militar sabe de qué estamos hablando.

Comentaremos aquí la botonadura de principios del pasado siglo, la que ya tiene sobre sus espaldas justo cien años y que hoy se nos antoja absolutamente irreplicable tanto por la variedad como por la calidad de los acabados.

Un botón era un botón y otra cosa era otra cosa. El impacto de ocho botones sobredorados sobre la cruzada guerrera azul oscuro de un oficial de la Armada era - sigue siendo- espectacular. Y no digamos la infinidad de botones semiesféricos que un Húsar de Pavía ostentaba, a tenor del Reglamento para la Caballería de 24 de agosto de 1909, si tenemos la paciencia de contar los de la pelliza, los del dolmán y luego sumarlos.

No cansaremos al lector exponiendo detalles sobre los tamaños (pequeño, mediano y grande) de los botones en función de su ubicación: hombreras, mangas, bolsillos, pantalón, guerrera... ni de sus variadas formas que iban desde el clásico botón plano hasta los casi esféricos, llamados “cabeza de turco”, pasando por los convexos, que eran la mayoría, o los que hoy podríamos llamar de “bombilla” pues ese era su diseño para su perfecto acople en alamares y otros intersticios encajados entre gruesos cordones especiales.

Los fabricantes, muy variados, ofrecían a sus clientes, individuales o mediante contratos con el Ejército, sus mejores obras, sus más estudiados diseños y sus más apreciadas calidades siempre bajo los criterios de la reglamentación de cada Arma, Cuerpo o Servicio en el bien entendido que éstos, los Reglamentos, y sus primas hermanas las Órdenes Circulares, solían abundar y variar más que las nubes en otoño con el consiguiente regocijo, o no, de los fabricantes de botonería pues ante tanto cambio, su negocio dependía de si habían podido vender la producción que se detallaba en el último Reglamento o en la R.O.C. de la semana pasada.

No obstante, esa es una de las felicidades de los coleccionistas de hogaño: pillar un buen stock de botones, nuevecitos y flamantes, nunca vendidos, perdidos en un cajón de una antigua casa de efectos militares. Y si, además, pertenecían a algún estamento militar ya desaparecido, Carabineros por ejemplo, mejor que mejor. Y si, por más suerte, son botones elegantes, bien estampados, tratados en plaqué oro fino y conservados cien años en condiciones ideales de humedad y nulos manoseos, la gloria del coleccionista puede alcanzar el grado diez en la escala de CEB (Conmociones Espirituales Botoneras).

No nos engañemos, los botones no son el epicentro de una colección que se quiera de alto nivel o de elevado coste. Sí pueden ser, en cambio, un complemento adecuado de la misma o, si se quiere, y sólo se coleccionan botones, ser una verdadera fuente de inspiración, de ilusión y de conocimientos porque los botones, bien presentados, causan impacto pues poseen personalidad y prestancia por sí mismos. Por supuesto que también son poseedores de estas virtudes los botones metálicos civiles aunque no son hoy nuestro propósito. Al estudio y coleccionismo de estos últimos algunos tratadistas llaman "Botonística", curiosa palabra que aún no ha sido aceptada por la Real Academia de la Lengua.

Los fabricantes españoles de botones militares de la época que nos ocupa, el siglo XX, fueron, por citar los más significados, los conocidos establecimientos de Barcelona y Madrid: Castells, Medina, Lucas Sáenz, Vicente Rodríguez, Díez y C^{ia}, Alberto Ranz... pues éstas son las referencias "estampilladas" en el reverso de los botones. En muchas ocasiones no aparecen marcas y en otras la marca es de otro fabricante o ciudad extranjeros. Por ejemplo, es frecuente el marcaje "TWW París" prueba de que se trataba de encargos allende nuestras fronteras. También suele aparecer la marca "Fabricación Nacional" o incluso "Fabricado en España". Y eso sin olvidar que, en ocasiones, instituciones como la Cruz Roja hicieron pedidos a la empresa "Félix Adler", de Francfort, por citar una de ellas.

Es imposible establecer un orden de calidades de cada uno de los fabricantes. Todos rivalizaban en ofrecer lo mejor en función de su destino. No era lo mismo un botón con destino a la tropa para su empleo en traje de faena que un botón para alto oficial en uniforme de gran gala.

El fabricante Lucas Sáenz que, entre todos los citados podemos establecer como comerciante paradigmático, inició su andadura en 1844 abriendo una tienda de botones en la calle Esparteros nº 1 de Madrid y acto seguido, en vistas del éxito, otra en la Plaza de la Armería nº 5 con la razón social "*Lucas Sáenz e Hijos*". Fallecido el señor Lucas en 1885, la razón social aparece como "*Viuda e Hijos de Lucas Sáenz*".

El hijo, Manuel Sáenz, se atrevió, en 1886, a montar una fábrica de botones de metal en la calle Habana nº 6. Finalmente, en 1902, la citada razón social ya es una pomposa fábrica de botones y equipos militares sita en la calle Fernán González nº 2. Siguió el empeño de la empresa familiar el nieto del fundador, también llamado Lucas, hasta que en el año de gracia de 1927, justo recién finalizada la guerra de África, le vende la empresa a uno de sus mejores empleados: don Vicente Rodríguez Méndez.

Don Vicente, transformado en otro ilustre emprendedor del mundo de los efectos militares, abre comercio, nada menos que en la madrileña calle Mayor. Hoy en día, el comercio de don Vicente Rodríguez sigue en pie, en la misma calle, regentado por sus descendientes. Para que luego digan que no hay milagros.

En ocasiones, en el reverso de algunos botones aparecen juntos los nombres de Lucas Sáenz y A. Ranz. Es que, lógicamente trabajaron a la par. Don Alberto Ranz era hijo de sastre sucediendo a su padre en el taller de confección en 1883. Siguió ejerciendo de sastre con el añadido, muy importante, de atreverse a la complicada fabricación de botones, hebillas y otros objetos metálicos de carácter militar. La empresa cerró en 1934.

Decíamos al principio que también por la botonadura militar se puede hacer un seguimiento de los cambios político-sociales de un periodo de tiempo. Nada más cierto. Precisamente ha sido a propósito que, más arriba, hemos dicho que en un cuartel había una formación o columna de soldados en "fila de a cuatro" pasando revista para salida. Es sólo un ejemplo de cómo cambian las cosas con los embates de las variables ideológicas.

A principios de siglo las formaciones de soldados eran siempre en filas de número par: dos, cuatro, seis, ocho... incluso, a veces, se llegó a alcanzar el número de veinte. Una barbaridad con la que difícilmente se conseguía una alineación perfecta. Luego, con los cambios de régimen, no agradó lo de números pares, vayan ustedes a saber por qué, y durante la segunda mitad del siglo las filas (no las hileras) debían de ser en números impares: tres, cinco, siete...

¿Y los botones? ¿Variaron también en asuntos de número? Pues sí. En una guerrera para Infantería de principios de siglo XX el número de botones se había estabilizado en siete. Después de algunas dudas llega el Reglamento de 1943 y consagra el número cinco para los botones de una guerrera. A finales de siglo se rebaja la cantidad quedando en cuatro. No se sabe qué pasará en el futuro.

Pues bien, como vemos los botones siguieron el derrotero de los eventos políticos y lo que, a principios de siglo, podía ser un diseño de botón para Infantería timbrado de corona real se trocó, a partir de 1931, con un timbre en corona mural o, simplemente, sin corona alguna para pasar, a partir del Reglamento de 1943, a un timbrado con corona llamada, (creemos que de forma poco correcta y con gran escándalo de los heraldistas) “corona imperial”. En 1975/77 se regresa nuevamente a la corona real.

Luego estaba la desaparición, fusión o creación de Cuerpos e Institutos como ocurriera con la Milicia Nacional, la Guardia de Asalto, los Carabineros o la Guardia Civil cosa también reflejada en la botonería. A ello se añadía la escasa definición y aclaración que de los botones hacían las reglamentaciones provocando la personal interpretación que cada fabricante hacía de las someras descripciones que podía leer en los documentos.

Los botones militares del siglo XX son, por lo general, botones metálicos que presentan en su anverso el emblema del Arma o Cuerpo de que se trata cosa ésa que, lógicamente, va en aumento de la belleza de una colección y que, por supuesto, agradece el coleccionista del presente.

Seguramente el cénit de la perfección se alcanzaba con los botones confeccionados en cinco piezas:

1ª.- La base o reverso del botón que adquiriría, como es obvio, la forma de una diminuta cazoleta- receptáculo (en función de la forma de botón que se desee) con el añadido de la anilla para su cosido.

2ª.- La “tapa” de esa cazoleta, es decir, el anverso del botón sobre el que irá el emblema adecuado.

3ª.- Una pieza metálica trepanada para dar mayor solidez a la “tapa”.

4ª.- Un pequeño cartoncito circular colocado entre ambas piezas que, al encajarlas y cerrarlas, quedaba en su interior.

5ª.- El motivo o emblema que se situaba encima de todo el conjunto ya fuesen los cañones cruzados de la Artillería o las Armas Reales incluyendo corona real y el Toisón de Oro.

Resultado: una finura de botón, ya fuera de los grandes para capote, ya de los diminutos para bocamanga que, sin duda alguna, provocan y aumentan la fiebre coleccionista del bendito amante actual de los recuerdos históricos.

Vicente Navarro Serra
Septiembre 2019



Visionado directo de la botonadura de un uniforme de oficial de Sanidad Militar época Alfonso XIII. Los botones son específicos para este Cuerpo Facultativo en cuyo frontal aparece el emblema de Sanidad Militar, con la Cruz de Malta en blanco, exactamente igual que en la hebilla del ceñidor.



Guerrera de Infantería para oficial ayudante de general de brigada. Botones dorados con las Armas de España estampadas. En la parte baja del botón la palabra: INFANTERÍA.



Grupo pacientemente reunido y estéticamente presentado de botones militares de principios de siglo XX. Destacan la variedad y la belleza de los componentes de la colección. El grupo de tres en vertical de la derecha corresponden a la Orden Militar de San Juan de Jerusalén.



Detalle de una guerrera de oficial de Caballería, diplomado de Estado Mayor, según R.O. de 22 de julio de 1922. Botones “en tono plata” en los que parecen dos lanzas y dos sables cruzados que pasó a ser el emblema de toda la Caballería.



Otra presentación espectacular mezclando botones militares y de la nobleza en sus épocas monárquica y republicana.



La gran diversidad de botones que se vendían “al detall” en las tiendas de efectos militares requerían un buen orden para localizarlos con rapidez. De ahí que éstos iban bien colocados en unos cartoncitos *ad hoc* y protegidos por una envoltura de fino papel. Era una forma de organizarse que tenían los comerciantes para que sus cajones de botonadura no acabaran pareciendo, tal era su variedad, el patio de Monipodio.



He ahí un acto importantísimo de un soldado en la víspera de una batalla. Coser y limpiar la botonadura de su uniforme, costumbre que ya venía del siglo XVIII. Tomé esta foto personalmente el 17 de junio de 2015 día antes de la magna e impresionante representación de la batalla de Waterloo en su segundo centenario.

Nótese que el soldado tiene sobre el taburete, como en la época, la madera rectangular calada para colocar los botones de la guerrera y poderlos limpiar sin tener que descoserlos ni ensuciar la prenda.



Su Majestad el rey Jorge VI de Inglaterra (tercero por la derecha) acompañado de los almirantes de su flota a bordo del “*HMS Duke of York*” en 1943. Magnífica botonadura e impresionantes cañones.



Si en este trabajo nos hubiéramos introducido en el siglo XIX hubiésemos visto que la tónica en cuanto a número de botones era aún más complicada. Este elegante teniente coronel español luce en su guerrera nueve botonazos. Es decir que, con el andar de los años, de nueve se pasó a siete, luego a cinco y en el presente a cuatro. Tómesese nota de la drástica reducción botonera habida en ciento cincuenta años.



Obsérvese esta brillante guerrera de un alto oficial español, muy condecorado, segundo jefe del Regimiento de Infantería de Línea “La Corona nº 71”. Sus siete botones primorosamente dorados (uno queda oculto por la vaina del sable) no requerían la periódica limpieza como los de la tropa pero, al igual que los de los soldados bajo su mando,

ocupaban lugar de honor y prestancia junto a sus más preciadas condecoraciones.



Para finalizar el relato demos un vistazo a un sorprendente botón que presuponemos para la nobleza española o empleados de la Casa Real, fabricado en París, que ha sido adecuadamente despiezado. En el centro, el botón al completo; a su alrededor las cinco partes de que se compone.

Un perfecto alarde de botonadura.